

y la certeza de su inocencia aumentan la pertinencia de la alternativa explicación fatalista.

Se dirá que de haber sido Santiago Nasar culpable de la ofensa habría muerto de igual modo: el desarrollo de su ejecución se habría producido por los mismos pasos y mediante las mismas casualidades. Mas, entonces, esa Fatalidad habría sido diferente, menos fatal —si es que cabe disminución en esta materia— en cuanto justificada; es decir, en cuanto coincidente con una correspondencia, que estamos acostumbrados a considerar pertinente, entre culpa y castigo: Fatalidad no habría sido sino el nombre de la Justicia.

La Fatalidad es tanto más fatal cuanto que no es justa ni injusta, sino ajena a ambas nociones. De ahí que la ignorancia de la culpabilidad o la inocencia del muerto, en vez de ser un detalle accesorio en la explicación de su muerte, sea, al contrario, el fundamento que da fuerza convincente, rigor ejemplar, a la explicación fatalista.

La Fatalidad no sólo explica cumplidamente por qué muere Santiago Nasar, sino que también explica —o implica, más bien— la razón de que sea él y no otro quien así muera; esto es, por qué muere un inocente en vez del culpable; a causa de un desastroso equívoco que el desconocido culpable no tuvo ocasión, o intención, de deshacer; que la rigurosa relojería de lo fatal impide corregir; y cuya aclaración, en fin de cuentas, resulta impertinente. Para concluir, en *Crónica de una muerte anunciada* la Fatalidad no anula el misterio de esa desconocida identidad, sino que lo presupone como condición de su propia existencia.

Un secreto por otro

La otra cara de este engañoso desinterés novelesco por la culpabilidad o inocencia de la víctima es el segundo de sus inexistentes misterios, el de la identidad del verdadero culpable. ¿Quién mató a Santiago Nasar? Los hermanos Vicario, sin duda; el pueblo entero, quizás. Conocidos son los ambiguos intentos, fallidos en todos los casos, de los personajes de la novela para «evitar» uno tras otro la muerte de Santiago Nasar. Todos, en efecto, habían de fallar, puesto que se dicen sometidos a la fuerza de la Fatalidad, cuya lógica interna, ya se sabe, convierte el acto de esquivar en acto eficaz. Sólo un remedio olvidan todos, el único que habría sido verdaderamente eficaz: el de señalar que el destino de Santiago Nasar no era *su* destino; es decir, el de exculparle de la ofensa que se le achaca y atribuirsele a su verdadero autor.

¿Quién conocía la identidad del culpable? ¿Quién la calló? ¿Quién, en última instancia, fue el responsable de la puesta en marcha de esa implacable e impersonal máquina de muerte?

No es verosímil que, salvo Ángela Vicario —cuyo nombre, como ya se ha dicho, indica su carácter de mero portavoz—, nadie en el pueblo pudiera conocer esa oculta identidad, ni, por tanto, ofrecer tal decisivo remedio. Nadie, es claro, excepto el ofensor mismo. Mas a éste le iba la vida en el silencio, pues exonerar así a Santiago Nasar y morir él mismo habría sido todo uno.

De los personajes mencionados en la novela los únicos, se nos asegura, que no oyeron el anuncio de muerte de Santiago Nasar, la falsa acusación, y no tuvieron, por tanto, oportunidad de desoírlo o de intentar atajar su ejecución, siquiera inútilmente, fueron el padre y las hermanas de Ángela Vicario, su marido y el anónimo «yo» del relato, el primo de Ángela Vicario. Evidentemente, de una lista de posibles culpables hay que descartarlos a todos menos al último de ellos. ¿Quién es este curioso personaje sin nombre, pero de tan indudable identidad?

La verdad narrativa obligaba al cronista/narrador a usar la primera persona por cuanto, como relator, tenía que haber sido antes investigador de los hechos. A lo que esta fidelidad narrativa no le obligaba, en cambio, era a confesarse testigo y, menos aún, participe en ellos. No es verdad, sin embargo, que García Márquez haya sido ninguna de estas dos cosas: no estuvo presente durante el suceso. Según su hermano Luis Enrique, que sí estuvo presente,

no es cierto, como se ha dicho, que Gabito haya visto morir a Cayetano. Gabito ni siquiera se encontraba en Sucre aquel día: estaba en Cartagena, donde era profesor de castellano en el Colegio Departamental Anexo a la Universidad de Cartagena. Y escribía crónicas en *El Universal*. Estudiaba Derecho¹⁴.

Esta adicional patraña narrativa es de un cariz más inquietante que las ya señaladas acerca de la conducta del investigador; especialmente cuando se recuerda la razón por la que este anónimo participante, el único cuya conducta no parece haber tenido consecuencia alguna para Santiago Nasar, se mantiene al margen del crimen: ignora tanto su anuncio como su ejecución porque

María Alejandrina Cervantes había dejado sin tranca la puerta de la casa. Me despedí de mi hermano, atravesé el corredor donde dormían los gatos de las mulatas amontonados entre los tulipanes y empujé sin tocar la puerta del dormitorio. Las luces estaban apagadas, pero tan pronto como entré percibí el olor de mujer tibia y vi los ojos de leoparda insomne en la oscuridad, y después no volví a saber de mí mismo hasta que empezaron a sonar las campanas¹⁵.

Es ésta una primicia testimonial que hasta ahora mismo todos desconocían. Mejor dicho, lo que se ignoraba era que aquella madrugada pasada

¹⁴ Entrevista de Luis Enrique García Márquez con Juan Gossain para *El Heraldo* (Barranquilla); reproducida en 3 partes bajo el título general «Una novela con testigos presenciales: La realidad de la muerte anunciada» en *El espectador* (Bogotá), 10, 11 y 12 de mayo de 1981. La cita es la segunda entrega, subtitulada «Hermano de Gabo recuerda el día trágico».

¹⁵ Obra citada, págs. 110-111.

en los brazos de esta mujer, antiguo objeto de los apasionados amores de Santiago Nasar, a consecuencia de los cuales «siguieron vinculados por un afecto serio, pero sin el desorden del amor, y ella le tenía tanto respeto que no se volvió a acostar con nadie si él estaba presente»¹⁶; que aquella reunión, digo, hubiera sido parte de un secreto celosamente guardado. Pero nos enteramos inmediatamente de ello, pues, a renglón seguido de las últimas palabras transcritas, confiesa el narrador:

En aquellas últimas vacaciones nos despachaba temprano con el pretexto inverosímil de que estaba cansada, pero dejaba la puerta sin tranca y una luz encendida en el corredor para que volviera yo a entrar en secreto¹⁷.

El secreto es de monta, tanto más si se empareja con otro «secreto» que el narrador ha puesto en duda no mucho antes:

Tampoco se supo nunca con qué cartas jugó Santiago Nasar... Yo estuve con él todo el tiempo, en la iglesia y en la fiesta, junto con Cristo Bedoya y mi hermano Luis Enrique, y ninguno de nosotros vislumbró el menor cambio en su modo de ser. He tenido que repetirlo muchas veces, pues los cuatro habíamos crecido juntos en la escuela y luego en la misma pandilla de vacaciones y nadie podía creer que tuviéramos un secreto sin compartir y menos un secreto tan grande¹⁸.

Nadie podía creer tampoco, sin duda, que el narrador tuviera sin compartir un secreto tan importante como el de estar reemplazando a su amigo Santiago Nasar en los brazos de su antigua amante. Este carácter recíprocamente sustitutivo salta tanto a la vista que parece indicar que mientras el inexistente secreto de Santiago Nasar es «revelado» con consecuencias fatales, el hasta ahora no revelado, pero verdadero, secreto del narrador, logró justamente lo contrario: cuando menos, convertirle en el único personaje totalmente irresponsable del crimen; cuando más, librarle de la muerte.

Se objetará que es posible que el narrador no hubiera podido salvar a su amigo porque tampoco él conociera la identidad del verdadero responsable; o que, aun cuando la conociera, su ignorancia del peligro y, por tanto, de la necesidad del remedio, se debió a una casualidad más, similar a las muchas que inhabilitan a los demás participantes; incluso que, de haber oído el anuncio y haber querido hacer algo, su ayuda podría haber sido igualmente ineficaz. Todo ello es posible. Sin embargo, que no sepamos a ciencia cierta lo que él habría podido hacer convierte a su conducta en distinta de la de todos los demás: que en un acontecimiento en el que las de todos estos son, paladinamente, eficaces o ineficaces, haya una, la suya, tan evidentemente ambigua, tan casualmente desconocida, invita a toda clase de especulaciones y, muy especialmente, a preguntarse si, en su inacción misma, no habrá sido ésa, la suya, la más decisiva de todas.

Porque, una de dos: o el primo de Ángela Vicario no es responsable de la deshonra de ésta, en cuyo caso su pasividad y su ignorancia durante

¹⁶ *Ibidem*, pág. 106.

¹⁷ *Ibidem*, pág. 106.

¹⁸ *Ibidem*, págs. 68-69.

el suceso no tienen significancia alguna —pero ambas son, como ya se ha visto, poco o nada verosímiles—; o sí es responsable de la deshonra que pone en marcha la venganza criminal, en cuyo caso lo que le impide evitarla (y morir) es también una casualidad fatal. Es decir, su culpabilidad, aun cuando verosímil, no deja nunca de ser equívoca: no permite determinar si su decisivo silencio es voluntario o involuntario. Si voluntario, no hubo fatalidad verdadera, pero sí el engaño de hacernos creer que la hubo. Si involuntario, sí hubo fatalidad, pero entonces se trata, como siempre, de un autoengaño interesado igual al de los matadores: este anónimo amigo se habría desdoblado fantasmalmente, achacando su silencio o inacción a un causante desconocido, la Fatalidad, para considerarse a sí mismo causante involuntario. En ambos casos la (in)voluntariedad del silencio —pues en eso consiste la conducta que mata al inocente amigo— es atribuida a otro como doble del sujeto individual.

Espejos, espejismos

Si este sujeto fuera un personaje cualquiera de la novela, no podrían pasar de aquí las especulaciones acerca de la consciencia o inconsciencia de su propio desdoblamiento, es decir, acerca de su responsabilidad. Pero se trata del narrador mismo. La relación especular que la primera persona del relato establece entre actor y narrador permite las siguientes deducciones adicionales.

Cuando el narrador no despeja la incógnita acerca de la voluntariedad o involuntariedad de su silencio como actor, lo que está haciendo, en realidad, es permitirle o, más bien, crearla con plena voluntariedad: está mintiendo, por omisión, al silenciar actualmente ese (des)conocimiento en el pasado. Mas este mentiroso silencio narrativo, al repetir y prolongar el silencio actor, no hace sino reproducir —en todas sus acepciones: repetir, imitar, representar, etc.—, en otro ámbito, la anterior situación de equívoca duplicación fantasmal de sí mismo: ahora reproducida a modo de reflejo especular en la relación del narrador en primera persona con el autor titular del libro. En esta nueva pareja se da, en efecto, la misma duplicidad irresoluble de antes: si el mentiroso narrador coincide con el autor, es que éste miente también al crear un cronista mentiroso; si, en cambio, no coincide con él, es decir, si el narrador es una ficción distinta del autor, éste vuelve a mentir, pues no sólo le hace hablar en primera persona sino que, implícitamente, le presta su propio nombre. En ambos casos estamos ante un desdoblamiento tan engañoso como el desdoblamiento fatal: en el primero, ante un narrador que duplica al autor engañosamente *como si fuera*

su Fatalidad; en el segundo, ante un autor que actúa *como si* fuera la Fatalidad del narrador la misma duplicación, pero invertida.

La alternativa narrativa refleja fielmente la alternativa narrada en toda su ambivalencia como Fatalidad (engañosa) conocida o desconocida. La diferencia esencial al nivel de la narración estriba en que en ésta, y no en la acción, se trata siempre de una actividad que consiste, precisamente, en un desdoblamiento engañoso. La singularidad, idiotez o unicidad de la narración es la duplicidad misma: la producción narrativa no puede ser otra cosa que una reproducción.

Así, pues, el desdoblamiento engañoso, optativo al nivel de la acción fatalista, resulta obligatorio al nivel de la narración. Por tanto, optativo es, también, el reflejar uno en otro. Mas, cuando se crea este reflejo, se hace conscientemente —a menos de querer suponer por parte del autor una docta ignorancia que sería demasiado inverosímil en el caso de García Márquez, autor cervantescamente sabio, si los hay.

Por simples correspondencias especulares se puede deducir entonces que el conocimiento por parte de ese autor-que-lleva-el-nombre-de-Gabriel-García-Márquez implica por parte del anónimo actor el conocimiento de la eficacia de su silencio, y, en consecuencia, que «García Márquez» —así, entrecorillado, para dejar de lado su identidad con el García Márquez de carne y hueso (cuestión que, sin ser imposible, llevaría más tiempo sustentar)— fue, según *Crónica de una muerte anunciada*, el responsable de la muerte de su amigo Santiago Nasar.

Esta es la solución, pero solución implícita nada más, digna del Edgar Allan Poe de *La carta robada*, con que esta novela de amor y de muerte, de misterio y fatalidad, corrige el antedicho «defecto» edípico-policíaco de la responsabilidad unívoca e indudable. Lo hace, en realidad, mediante una repetición callada del mismo con la que, jugando con el tema de la sabia ceguera, que tanta importancia tiene para Edipo, pone cegadoramente ante los ojos del lector aquello mismo que le quiere ocultar: que el investigador es, él mismo, el criminal.

Una última observación: la sutileza de esta tan colombiana y entretenida «mamadura de gallo» no dejará de recordar al lector asiduo de García Márquez la diabólica escapatoria de Patricio Kelly, aquel espía que el escritor tanto admiraba y cuyo éxito, decía él en una antigua crónica, se cifraba en que había estado únicamente «protegido por el hecho cierto y comprobado de que nadie lo habría creído tan audaz»¹⁹

¹⁹ Gabriel García Márquez, «Kelly sale de la penumbra», *Momento (Caracas)*, 24 de enero de 1958, págs. 24-26. Reproducido en *Obra periodística*, Vol. 4: De Europa y América (1955-1960), recopilación y prólogo de Jacques Gilard (Barcelona: Bruñera, 1982), pág. 547.

Gonzalo Díaz-Migoyo



Revista de Occidente

Revista mensual fundada en 1923 por
José Ortega y Gasset

leer, pensar, saber

j. t. fraser • maría zambrano • umberto eco • james
buchanan • jean-françois lyotard • george steiner • julio
çaro baroja • raymond carr • norbert elias • julio cortázar
• gianni vattimo • j. l. lópez aranguren • georg simmel •
georges duby • javier muguerza • naguib mahfuz • susan
sontag • mijail bajtin • ángel gonzález • jürgen habermas
• a. j. greimas • juan benet • richard rorty • paul ricoeur
• mario bunge • pierre bourdieu • isaiah berlin • michel
maffesoli • claude lévi-strauss • octavio paz • jean
baudrillard • iris murdoch • rafael alberti • jacques
derrida • ramón carande • robert darnton • rosa chacel

Edita: Fundación José Ortega y Gasset
Fortuny, 53. 28010 Madrid. Tel. 410 44 12
Distribuye: Comercial Atheneum
Rufino González, 26. 28037 Madrid. Tel. 754 20 62